

# Ana María Matute, premio Planeta 1954

Por Marino Gómez-Santos



Ana María Matute con su marido, el escritor Ramón Eugenio de Goicoechea

La familia literaria, reunida con sus parientes de Barcelona, estaba anoche congregada en el Círculo de Bellas Artes, donde iba a votarse el premio Planeta 1954. Allí supimos que se habían cubierto quinielas, y que los quinielistas venían de una cena presidida por Ana María Matute y su marido, Ramón Eugenio de Goicoechea. Pero no se crea que se daba por sabido el resultado. En general, nadie sabía nada. Ni en particular. Era una intriga llegada a lo largo de varias semanas, y de la cual no salían más que confusiones. De pronto, un diario de la noche dió, con una seguridad un tanto clínica, la noticia de que el premio sería para Ignacio Aldecoa. Los quinielistas pusieron sus dineros sobre la mesa y firmaron apuestas. Eran unas polémicas con un ímpetu político, en el que se jugaban muchas cosas. Era como una pasión deportiva.

A ver lo que pasaba, no a otra cosa, ignorando a punto fijo el resultado, con grandes esperanzas, naturalmente, pero sin la más mínima promesa, los concursantes llegaron, y algunos hubo que se quedaron al pie del teléfono o del aparato de radio. No había otra solución. El Jurado, celosísimo, imperturbable, iba provisto de una relación, en la que constaba el argumento y demás consideraciones de cada original seleccionado para la votación.

A puertas cerradas. Reunidos, Wenceslao Fernández Flórez, Juan Ramón Masoliver, Juan Gich, Pedro de Lorenzo, Santiago Lorén, Manuel Pombo Angulo y el editor José Manuel Lara. César González-Ruano, más afilado de curiosidad, se buscó un rincón al margen del Jurado, en un diván desde el que se podía otear perfectamente.

En la sala, los micrófonos de radio transmitían el ambiente del premio, y algunos escritores desfilaron ante ellos para decir algunas palabras. Llegó Eusebio García Luengo, de puntillas, ocultándose tras las columnas; Pilar Nervión tomaba su notas; Evaristo Acevedo buscaba el tema para sus "Cerebros a la plancha"; don Melchor Fernández Almagro conversaba, entretanto, con Alvaro de Laiglesia, y los fotógrafos no cesaban de hacer chispazos de "flash".

La tensión era tangible. Podía cortarse fácilmente la impaciencia. De vez en cuando, los altavoces recitaban la votación. Cada cual, en su cuartilla, tachaba las obras eliminadas y se hacía ilusiones más o menos fundadas con las que se habían salvado.

Y por fin se dió el resultado final. "Pequeño teatro", de Ana María Matute, había salido ganadora, algo así como por cuatro votos contra tres. Este fué el motivo por el cual estalló el entusiasmo de la sala. Los corrillos duraron todavía. Los "listos", contrariados, intentaron justificarse. Alguna

mujer dió que era inútil, que la fortuna literaria estaba en las mujeres, y que era baldío, por tanto, que la intentásemos los hombres.

Nos quedamos solos Wenceslao Fernández Flórez, César González-Ruano, Juan Ramón Masoliver, el editor Lara y yo. Fernández Flórez, honradamente, dignamente, declaraba su descontento. A su entender, Núñez Alonso era el merecedor de este premio, porque su novela consideraba que era más importante. Pero esas son cosas un poco que vaya usted a saber, que la votación es un azar, en cierto modo, y que se baila en la cuerda floja más de lo que manda la prudencia en la mayoría de las veces.

Del Círculo de Bellas Artes no era ya ni necesario decir que adonde se iba. Instintivamente, fuimos todos al café Gijón. Había que saborear todavía las incidencias, los comentarios, que algo tenía que tener de sabrosa esta profesión, humilde y llena de ingratitudes.

Ana María no estaba todavía. Había ido a un diario madrileño para poner una conferencia con su familia de Barcelona. El público reunido en el café esperaba su aparición con impaciencia. Y al fin, pasadas las doce y media, Ana María apareció modestamente, sin atreverse a levantar la vista. Aplauso prolongado. Así, llegó a nuestra tertulia. Pero era imposible decirle nada y, mucho menos, preguntarle nada. Urgentemente, una infusión de tila. Después, hacia las dos de la madrugada, quizá a hora más avanzada, una vieja euforia que creíamos olvidada le hizo a Ramón Eugenio de Goicoechea ponerse en pie y movilizarnos a todos los amigos que estábamos reunidos con él para ir a tomar una copa a Riscal. Eramos no más de diez. Y así, con una copa en la mano, oímos no sé dónde que las cuatro de la madrugada andaban ya en los relojes.

A partir de esa hora, el matrimonio estaba para nosotros solos, en su domicilio.

—¿Qué contrincantes creías más peligrosos?

—Aldecoa y Núñez Alonso. En principio creía en mí misma; si no, no hubiera enviado la novela al Premio.

La literatura, para mí, no es un deporte ni una casualidad; es una vocación. Dicho esto, creo que Ignacio Aldecoa o Núñez Alonso pudieron llevarse el premio. Los premios, en última instancia, dependen siempre de un azar. Salvo error u omisión, hay tres novelas que pueden ser ganadoras. Esta vez era así.

Es muy tarde y hay que preguntarle con una urgencia obligada. Ahora le hacemos una segunda pregunta en torno al argumento de "Pequeño teatro".

—Si tuviera que explicar el argumento de mi novela tendría que volver a escribirla. Las novelas o se escriben o se leen. Solamente se pueden contar los folletines.

Sabíamos nosotros que "Pequeño teatro" tiene como fondo un escenario vasco.

—Lo sustancial—nos dice—es el contraste entre el lugar y el sueño, entre la vida cierta y la vida perseguida. Hay un personaje pegado al suelo—Zazu—y otro personaje pegado al cielo—Marco—. La vida, la anécdota, entre el suelo y el cielo, es el escenario de mi "Pequeño teatro".

—¿Por qué eliges siempre con predilección a los niños como personajes de tus novelas?

—Más que a los niños, busco en mis novelas a la raíz-niño que hay en todo hombre. Creo que en la infancia se vive toda la vida, las infinitas posibilidades de la vida. Lo que no se haya sido de niño, en la realidad o en la imaginación, ya no se será nunca. En la infancia caben la perversidad y el milagro.

Y ahora nosotros, mientras nos rasamos en esta imaginación, cansada ya a estas horas, en esta piedra pómez, de la cual parece imposible que pueda sacarse nada hasta después del sueño, nos acordamos de las 100.000 pesetas del premio, que no son ninguna broma, que son más bien una fábula de billetes de Banco, una lotería con votaciones.

—¿Qué vais a hacer con el dinero?

—El dinero no acaba de importar. El dinero vale por lo que da a cambio. Las cosas más importantes de la vida valen mucho o valen muy poco. En realidad, lo que ciertamente importa no acaba de tener un valor material.

De pie en el «hall», cuando ya vamos a despedirnos de verdad, Ana María me dice que «Pequeño teatro» es una novela escrita a los diecisiete años, guardada durante varios y rehecha hace pocos meses. Me dice también que en su corrección atendió únicamente al aspecto formal de la novela, ya que los personajes, las situaciones y las ideas son los mismos de la primera versión.

Y punto final. El nuevo premio Planeta ha sido concedido a toda una escritora. Ana María «llevaba la estrella en la frente». Es alentador saber que a la larga, la justicia llega. Y más alentador todavía que venga, como en esta ocasión, acompañada de un puñado de pesetas.

13.X.1954